

Antonio “el de Carmencita” cruzaba la plaza del pueblo con cautela, cargando sobre su espalda una silla. Yo le seguía de cerca, sin ser visto, porque aunque mi fidelidad acababa mucho antes de ponerse el sol, los lazos que nos unían eran fuertes y un sentimiento de protección me empujaba a ayudarlo. Supe que todo había acabado cuando le vi lanzarla por la muralla y oí el golpe, al caer al mar.

Ningún pronóstico hizo anunciar la vida política de Antonio, ni tampoco mi cargo de fiel secretario, pero seguro que la modestia con la que se desenvolvía en sus obligaciones y ese silencio acostumbrado ante los embrollos, ayudó. Antonio “el de Carmencita” rebosaba bondad y un desinterés por lo monetario hacia de él, el candidato idóneo para el puesto.

Allí estaba el alcalde en su primera semana, con las intenciones del recién llegado, las ideas frescas del que no entiende de política, y la inocencia del que acaba de nacer. Allí estaba, en su despacho, ante sus primeras propuestas y su buena voluntad, con el primer pleno de su mandato por celebrar, y una prometedora carrera como gobernante. Allí estaba, sentado en una silla de procedencia desconocida... Apoyó su cuerpo sobre el respaldo, colocó los brazos sobre la mesa y quedose rígido, sin expresión, como si de una escultura románica se tratara.

-¡Impuesto de circulación! ¡Subida del veinte por ciento!

-¡Tasa de agua y basura! ¡Aumento del quince por ciento!

-¡Impuesto sobre los bienes inmuebles! ¡Inflación del diez por ciento!

...Y allí estaba Antonio, quieto sobre el influjo de una metamorfosis que hizo polvo sus buenas intenciones, rígido cual escultura románica, voceando subidas influido por el espíritu de un asiento...

Yo, pronto intuí la índole del problema, y me abalancé sobre él desenganchándolo del poder de aquel elemento. Medio atontado, Antonio “el de Carmencita” volvió del trance, cargó la silla sobre su espalda y salió de la casa consistorial, para cruzar la plaza del pueblo con cautela, mientras yo le seguía de cerca sin ser visto...